

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
1. UNA CIUDAD DE FRONTERA.....	15
La frontera de Toledo.....	15
La gente de la frontera.....	18
La fundación de Madrid.....	23
Una colina entre aguas.....	28
Madrid antes de Madrid.....	31
Fuentes sobre el Madrid islámico.....	33
2. VIVIR EN <i>MAÝRIT</i>	37
El gigante y el cadí.....	37
Arqueología de la basura: los silos.....	40
Las murallas de <i>Maýrit</i>	42
El esquivo alcázar madrileño.....	46
El espacio público: las calles y la mezquita.....	48
La vida privada: casas y adarves.....	50
Los arrabales.....	54
El cementerio.....	56
La <i>musara</i> y la <i>musalla</i>	58
«Fui sobre agua edificada».....	60
3. LOS PRIMEROS MADRILEÑOS.....	65
Gobernadores, sabios y ascetas.....	66
Madrileños fuera de su tierra.....	69
El <i>ribat</i>	70
Un asceta de Talamanca.....	72
Maslama el Madrileño.....	74
La gente de Madrid.....	75

Las minorías: cristianos y judíos	77
Una ciudad de agricultores y artesanos	80
4. <i>MAÝRIT</i> Y SU MUNDO	83
De Madrid al mundo	83
La región y sus caminos	85
El oeste: Guadarrama y el <i>Balat Humayd</i>	88
El sur: los caminos de Toledo	94
El levante: la cuenca del Henares	96
De Somosierra al valle del Jarama	100
Talamanca y el valle del Jarama	102
La Salmedina y el fértil sudeste	103
La red de atalayas	106
5. UN MUNDO CAMBIANTE: DEL EMIRATO DE CÓRDOBA AL REINO DE CASTILLA ...	109
Madrid y los otros	109
De Almanzor a la guerra civil	111
Un rebelde en Madrid	114
Madrid en el reino de Toledo	115
La conquista de Madrid	120
¿Madrid reconquistada?	121
6. MADRID MUDÉJAR	123
Arte mudéjar madrileño	154
7. MORISCOS Y <i>ALÁRABES</i> EN EL MADRID DE LOS AUSTRIAS	157
Los moriscos de Madrid frente a la Inquisición	162
La expulsión: destierro, ocultación y retorno	165
«Alárabes de nación»	171
8. MADRID: ENTRE LA HISTORIA Y EL MITO	177
Mantua Carpetanorum, urbs regia	179
Una patrona de nombre árabe	185
Madrid y los eruditos del siglo XIX	187
El regreso del emir	192
«Los Madriles» de Jaime Oliver Asín	194
¿Un nuevo pasado para Madrid?	197
BIBLIOGRAFÍA	201

INTRODUCCIÓN

Entre las varias y aún poco claras razones que llevaron a Felipe II a convertir a Madrid en sede permanente de la Corte, usando de su real voluntad y prefiriendo la Villa a ciudades de más prosapia, estaba justamente la relativa insignificancia de esta, que permitía diseñar sobre ella, casi como sobre un papel en blanco, una capital a medida¹, sin que estorbara un urbanismo desarrollado o un poder local demasiado asentado. Madrid podía rehacerse y convertirse, gracias a la pericia de los arquitectos reales, en una ciudad que brillara en el mismo cielo que Lisboa, París y hasta Roma, haciendo honor al Imperio y a la época. Y, libres de las molestias de un pasado excesivamente conocido, los eruditos de la corte podrían escribir para ella otro más radiante, a poco que pusieran en ello la mirada y la intención adecuadas.

Lo segundo resultó más sencillo que lo primero, ya que las menguadas arcas públicas y toda la inventiva de los arquitectos se revelaron insuficientes para que la planificación urbanística armonizara con la afluencia veloz y masiva de gentes de toda la Península y más allá, que se acomodaron como mejor pudieron en los rincones de la nueva Corte e inauguraron un modo muy madrileño, caótico, de hacer ciudad. Si los habitantes de Madrid, antiguos y nuevos, tenían alguna memoria histórica, ésta no podía remontarse más allá de ese nebuloso «tiempo de los moros» que atraviesa, como un estrato oscuro, todo el imaginario popular de la Península. Los eruditos, por su parte, no llegaban mucho más lejos. Quienes sabían latín solo podían invocar a aquel obispo leonés que, más de quinientos años atrás, había mencionado en sus crónicas a la ciudad de Magerit, que estaba en tierras de los caldeos y que Ramiro II arrasó, ayudado de la clemencia de Dios, un domingo del año 936. Existían

¹ Utilizo «capital» en un sentido lato, ya que la capitalidad en rigor no se oficializó hasta la Constitución de 1931.

en realidad muchos otros textos que mencionaban a Magerit y sus gentes, más antiguos aún que el del obispo, pero escritos en árabe, lengua que la Monarquía se afanaba en desterrar. Los manuscritos tuvieron que dormir durante varios siglos antes de que los retomaran gentes capaces de leerlos.

Todavía vivían en Madrid no pocos descendientes de aquellos *moros*, y aún se mantenían en pie las murallas de Magerit, cuando los eruditos establecieron que aquellas torres y puertas de pedernal debían de ser obra de héroes griegos y generales romanos, que con los mejores augurios de los astros y las bendiciones de las divinidades, viejas y nuevas, habían fundado una urbe más antigua que Roma, en el preciso lugar donde los aires son más puros y las aguas más cristalinas. A pesar de lo cual nada obstaba para que aquellos *superbos muros* fueran destruidos si la real voluntad lo requiriera, con lo que también en este punto se inauguraba un modo muy madrileño de relacionarse con el pasado.

El desarrollo del conocimiento histórico sobre Madrid ha ido arrinconando desde entonces los viejos sueños imperiales y descubriendo una realidad más cercana a la que esbozaban las crónicas medievales: la de una pequeña ciudad de frontera, fundada a mediados del siglo IX en un extremo del emirato de Córdoba. A lo largo del camino recorrido, sin embargo, Madrid no se ha librado nunca de la dimensión simbólica que le da su condición de capital, y que se proyecta también en el pasado. Es evidente que España no se relaciona del mismo modo con la conquista arabo-bereber del 711 y los ochocientos años de historia y cultura de al-Ándalus que siguieron, que, por ejemplo, con las conquistas romana y visigoda y sus respectivos productos históricos, aun cuando en realidad no hay nada que diferencie sustancialmente a la primera de las otras dos. Es algo tan naturalizado que suele pasar desapercibido, pero todos hemos aprendido que romanos y godos son parte de nuestra genealogía, son *nosotros*, mientras que el papel de al-Ándalus en la imagen que nos hacemos de nosotros mismos sigue siendo foco de discusiones que van mucho más allá de la mera especulación académica.

Los nacidos en los setenta no tuvimos que enfrentarnos a la lista de los reyes godos que memorizaron varias generaciones de escolares, pero no nos libramos de aprender los mitos que subyacían a aquella extraña pedagogía, en particular la idea de que la historia medieval de la Península era ante todo la crónica de una *reconquista* contra una presencia invasora. En el callejero de Madrid podemos encontrar a la mayoría de los 33 reyes godos; sin embargo, no hallaremos prácticamente ningún nombre que tenga relación con al-Ándalus, lo que muestra la pervivencia de una cierta manera de ver las cosas.

La historia del primer Madrid plantea muchas preguntas, pero las últimas décadas de investigaciones han resuelto –o eso parece– no pocos interrogantes. Los suficientes como para atreverse a proponer un recorrido posible por aquel castillo nacido en el nebuloso

territorio de una frontera medieval, al que sus fundadores dieron el nombre de *Maýrit* y que evolucionó para convertirse en una pequeña ciudad de los confines del mundo islámico. Una ciudad hecha para la guerra y para la paz, cuyos habitantes disfrutaban de un fértil paisaje y se refugiaban, llegado el caso, tras espesas murallas de caliza y pedernal; una ciudad que vio nacer a uno de los mayores astrónomos de los siglos medievales, y en la que un asombrado cadí levantó acta del hallazgo de un gigantesco esqueleto.

Nuestra historia sigue tras la incorporación de Madrid al reino de Castilla, mostrando una ciudad en la que judíos y musulmanes coexistían con los cristianos, donde siguió habiendo una mezquita y una casa de baños regida por una mujer llamada Xañci–Sol–, donde vivió un tabernero llamado Abdalla y un maestro de obras llamado maestre Haçan, quien construyó uno de los edificios góticos más importantes de la época; donde un grupo de herreros musulmanes protagonizaron la que aparentemente es la primera huelga conocida de la historia madrileña.

No se detiene tampoco nuestro camino con la entrada forzosa de los musulmanes en el seno de la Iglesia, sino que sigue, y desemboca en el mismo punto donde empieza: en aquel Madrid de los Austrias que se creía heredero de los antiguos griegos, en el que el islam se practicaba en secreto, en el que un morisco llamado Bejarano tomó clases de árabe, en el que los señores eran servidos por esclavos traídos de Granada y el norte de África y en el que un noble marroquí amigo de Lope se convertía al cristianismo y legaba –muy discretamente– su nombre a una calle. ¿Qué fue de todos ellos? La expulsión de 1609-1614, diseñada y dirigida desde la Corte, apenas logró afectar a los moriscos de la propia Corte, que se mimetizaron con la ciudad sin que nunca más se supiera de ellos, o casi nunca. El último capítulo del libro trata del nombre de Madrid y reflexiona sobre el modo en que la ciudad se ha mirado y se mira en el espejo del pasado.

UNAS NOTAS A LA EDICIÓN

Maýrit. El carácter *ý* en el nombre árabe de Madrid debe pronunciarse como la *j* en francés o inglés. *Maýrit* suena más como *Mashrit* que como *Mairit*, que es como a menudo se pronuncia, erróneamente. Como el sonido no tiene correspondencia en castellano actual (sí en el medieval, de ahí la grafía *Magerit*, que conservaba con bastante fidelidad la pronunciación árabe), para evitar confusiones he decidido mantener el carácter especial *ý*, que suelen utilizar los arabistas. Salvo este carácter, los nombres propios y términos en árabe que aparecen en la obra están transcritos de un modo no académico, simplemente buscando que el lector se los represente de la manera más aproximada posible.

En segundo lugar, he de decir que este libro es deudor de las obras que le han precedido, y que quizás no aparecen suficientemente referenciadas en las notas, pues he procurado circunscribir las referencias bibliográficas a las citas literales y, puntualmente, a respaldar algún dato muy concreto o que he juzgado poco conocido. Por eso aprovecho para manifestar la deuda que tengo con los más recurrentes: el libro de Jaime Oliver *Historia del nombre «Madrid»* (1959) y con el que sin duda ha ocupado su lugar como referencia ineludible para la historia del Madrid andalusí: *Madrid, pequeña ciudad de al-Andalus* (2011), de Christine Mazzoli-Guintard, así como *La comunidad mudéjar de Madrid* (1989), de Juan Carlos de Miguel, para el periodo correspondiente. También se han hecho imprescindibles los trabajos contenidos en las obras colectivas *Madrid del siglo IX al XI* (1990), *Maýrit: estudios de arqueología medieval madrileña* (1992), *Testimonios del Madrid medieval: el Madrid musulmán* (2004), y *De Maýrit a Madrid: Madrid y los árabes del siglo IX al siglo XXI* (2011). Las referencias completas se dan en la bibliografía final, así como las de todas las demás obras citadas en el texto, muchas de las cuales han sido realmente valiosas.

Quiero agradecer a José Manuel Castellanos, Ricardo Fanjul, Jorge Lirola, Carlos Marín e Ignacio Murillo, la ayuda prestada en diversos puntos de esta obra, y debo dejar constancia asimismo de mi reconocimiento a dos bibliotecas públicas, en las cuales se ha gestado y he encontrado buena parte del material necesario para llevar a término este trabajo, exceptuando el de archivo. Se trata de la Biblioteca Islámica Félix María Pareja, de la AECID, auténtico segundo hogar desde hace ya veinte años, y la Biblioteca Regional de Madrid Joaquín Leguina. En estos tiempos difíciles para la cultura y para lo público, es importante recordar el papel crucial que tienen instituciones como estas en la producción y transmisión del saber.

Maýrit, en el mes de *rabi' al-awwal* de 1436, enero de 2015

1. UNA CIUDAD DE FRONTERA

Y él fue quien construyó para la gente de la frontera (*thagr*) de Toledo el castillo de Talamanca, el castillo de Madrid y el castillo de Peñahora.

Ibn Hayyán, *Muqtabis*.

LA FRONTERA DE TOLEDO

Thagr. La palabra se traduce habitualmente como ‘frontera’ o ‘marca’, pero su raíz posee también los significados de ‘grieta’, ‘paso’ e incluso ‘boca’, es decir, reúne las ideas de separar y comunicar. No hay *thugur* (plural de *thagr*) entre dos territorios musulmanes, aunque estén enfrentados, porque el concepto está íntimamente ligado a la presencia del otro: los *rum* (‘romanos’), los *kuffar* (‘infiel’), los *mushrikún* (‘politeístas’), los *‘uluý* (‘bárbaros’), los *ifraný* (‘francos’), cuyas tierras se llaman, en la terminología islámica clásica, *dar al-harb*, la ‘casa de la guerra’. Al otro lado está la *dar al-islam*, la ‘casa del islam’, dentro de la cual los *thugur* serían los confines, la periferia, o, si se quiere, los puestos avanzados. Pero por otro lado, los *thugur* no constituyen una separación radical –¿qué frontera lo es?–, ni tampoco se disponen como líneas definidas –los mapas son engañosos–; se trata de auténticas *regiones de frontera*, grietas, pasos, bocas que se pueden abrir o cerrar, puntos de contacto entre uno y otro mundo, diferentes de los territorios cristianos pero también de las tierras del interior de al-Ándalus.

Los mapas que representan el territorio peninsular en la Edad Media, al diferenciar de manera neta qué partes del territorio pertenecían a los musulmanes y cuáles estaban en po-